

á los soldados y reservándose para sí y sus capitanes lo mejor y las jóvenes más hermosas.

Mahoma tan pronto era general como predicador. Incansable en sus empresas invasoras, maravillosamente secundado por sus fanáticos admiradores, por su primo y yerno Alí, por su suegro Aou-Bekr, Omar y Othman, paseó sus estandartes de un confín al otro de Arabia, cayendo en su poder las ciudades, castillos y territorios (1). En este tiempo estableció ciertas leyes que se hallan diseminadas en los capítulos del Coran, pero sin relacion alguna entre sí.

El 22 de febrero de 632, año 11 de la Hegira, hizo su última peregrinacion llamada, *Haddj*, á la Meca, seguido de más de 100,000 creyentes, hombres, mujeres y niños. Subido á lo alto de una colina, predicó á aquella multitud, explicándoles la significacion de aquel rito y ceremonia, y después en la cumbre de otra montaña explicó el dogma de la unidad de Dios, exclamando: «Desgraciado aquel que reniega de nuestra religion. No le temais á él sino á mí, Hoy he perfeccionado vuestra ley, y consumado con respecto á vosotros mi gracia; deseo que el Islamismo sea vuestra fe.»

Concluido su extravagante sermón de la montaña, hizo degollar á honor de sus 63 años, otros tantos camellos, y Alí 37, que eran los años de su edad; después de este sacrificio estableció la reforma del calendario, restableciendo el año lunar sin intercalacion. En esta peregrinacion parece que una judía llamada Zeinab, hermana de Marah muerto por Alí en el asalto de Kaibar, queriendo vengar la muerte de su hermano sirvió á Mahoma un cordero envenenado. Mahoma, después de haber comido una parte, conoció el engaño, y preguntó á la judía por que habia cometido aquel crimen. A lo cual contestó: «Lo he hecho porque si verdaderamente eres profeta no lo comerías, y no siéndolo, libraba al mundo de un impostor.»

De regreso á Medina, Mahoma se disponia á emprender nuevas conquistas, cuando el veneno empezó á producir sus efectos. En mayo se agravó la enfermedad que duró 15 dias, en los cuales quiso se le trasladase á la mezquita para hacer su última oracion pública; y al efecto subió, ó le subieron á la tribuna, en donde pidió perdon á Dios y á los hombres de sus culpas é injusticias (verdaderamente habia cometido muchas).

Tres dias antes de morir recomendó solemnemente que se hiciese la guerra sin cuartel á los idólatras de Arabia, que se conservasen á los creyentes nuevamente convertidos los mismos derechos que á los viejos creyentes, y que se observasen con eficacia la oracion, el ayuno, la limosna y la peregrinacion. Suplicó asimismo á su suegro Abou-Bekr que en su nombre hiciese en la mezquita las oraciones públicas.

(1) Alcoran, c. Cantazuzen., Orat. 1. Sc. 12.

Por fin el 8 de junio de 632, espiró Mahoma en los brazos de su esposa Aiscia, que, después de Chadijah, fué la más privilegiada de todas sus mujeres y concubinas, pues además de ella tuvo Mahoma á Haissa, hija de Omar, otras quince mujeres y once concubinas: circunstancia que por sí sola basta para comprender cuál podia ser la moralidad de la religion que predicaba el impostor.

Los árabes tienen en gran veneracion á Aiscia por considerarla como depositaria de los últimos secretos del profeta, y por lo tanto la tienen como la madre de los creyentes: *Amm-el-moslem*.

A la muerte de Mahoma, hubo una consternacion general entre los musulimes, y cuando se trató de darle sepultura, se suscitaron grandes cuestiones. Los Moadjerianos pretendian fuese trasladado á la Meca, su ciudad natal; los Anzarianos, que debia poseerle Medina, que le dió asilo, y otros que fuese depositado en Jerusalem en medio de los profetas; pero Abou-Bekr zanjó esta dificultad, asegurando que el profeta habia manifestado su voluntad de que se le enterrase en el punto donde muriese. Así, pues, se hizo una fosa en el mismo lugar en que espiró, erigiéndole después una magnífica mezquita, semejante á la de la Meca, en figura de torre ceñida de galerías cubiertas, con un pequeño edificio en el centro, y rodeada de doscientas noventa y seis columnas, adornadas de arabescos, piedras preciosas é inscripciones. En el ángulo sudeste de la mezquita se halla la tumba de Mahoma, dentro de un cuadro de piedras negras, sostenidas por dos columnas, y á su lado hay los sepulcros de sus dos sucesores cubiertos siempre de riquísimas alfombras.

Renováronse las disensiones al tratarse de elegir sucesor á Mahoma, y aunque este habia declarado que su primo y yerno Alí era su califa, *Khalif-resul-Allah*, esto es Vicario del enviado de Dios, no obstante no se realizó así. ¡Cuán cierto es que la voluntad de los príncipes, por absolutos que hayan sido en vida, queda por lo comun enterrada en su sepulcro! Bastó que Aiscia se opusiera á la eleccion de Alí para que esta no se efectuara. Fué tambien propuesto para dicho cargo Omar, suegro de Mahoma, á quien este tenia por su brazo derecho y decia de él que si Dios hubiese querido enviar á la tierra á un nuevo profeta, elegiria antes que ninguno á Omar. Sin embargo tampoco fué este el elegido, por oponerse á ello Aiscia, que al fin logró encumbrar á su padre Abou-Bekr hombre de gran prestigio por sus riquezas, por su cualidad de suegro de Mahoma y por ser uno de los mas fanáticos partidarios de éste.

El nuevo califa Abou-Bekr tenia la edad de 60 años cuando empezó su gobierno, y solo reinó dos años y cuatro meses, durante los cuales hubo algunas revueltas, disturbios y guerras intestinas provocadas por los pretendidos profetas Asouad y Mouselima y otro llamado Talitia; pero todos fueron derrotados, y disipado el partido que los sostenia. El califa, á pesar

del poco tiempo de su mando, no dejó de hacer la guerra y alcanzar grandes victorias, aumentando sus conquistas hácia el Irac y la antigua Caldea; sujetó á los árabes que obedecian á los persas; en Siria dominó á los árabes que estaban sujetos al imperio romano; entró en el territorio de Gaza el año 12 de la Hegira (634 de J. C.), y se apoderó de su capital.

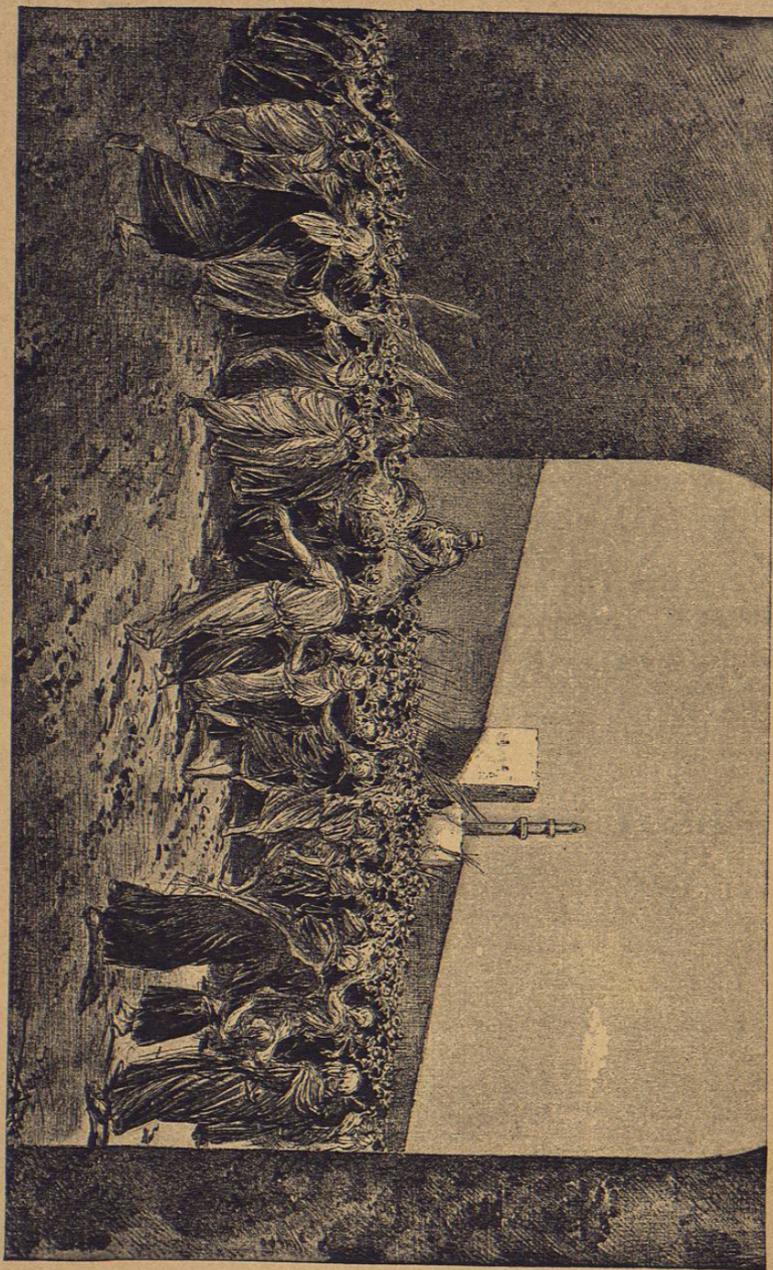
A este califa se debe la coleccion ó formacion del Coran, pues recogió y mandó copiar, formando un solo volúmen, toda la doctrina y discursos que Mahoma había pronunciado en diferentes tiempos y lugares, y que se hallaban diseminados en hojas sueltas, escritas por el secretario que fué de Mahoma, Zaid-ben-Tabet, en hojas de palmera, en piedras blancas, en seda, en cueros y omóplatos de carnero, así como las tradiciones que se conservaban en la memoria de los musulmanes que habían oido las palabras del profeta.

Este modo de formacion del Coran explica la incoherencia de las materias que contiene, la extrema desproporcion entre los 714 capítulos de que se compone, llamados *Suras* por los árabes. El Coran es designado con nombres de *Hitab-Allah*, el libro de Dios, *Helam-Scherif*, la palabra sagrada, *Maschof*, el código supremo, *Tanzil*, bajado del cielo; y constituye el código religioso, civil, criminal, político y militar de los musulmanes.

Abou-Bekr murió el año 13 de la Hegira (635 de J. C.), sucediéndole Omar, quien tomó el pomposo título de *Emyr-al-Moumenin* que significa comandante de los creyentes, y después de él usaron todos sus sucesores.

Durante el reinado de Omar, que duró diez años, los musulmanes aruinaron el imperio de los persas y arrebataron á los romanos la Siria y el Egipto.

Estos dos primeros sucesores del falso profeta, poseidos del ardor y celo fanático que inspira siempre una nueva secta, propagaron de una manera casi increíble hasta las más apartadas regiones la falsa doctrina de su maestro; pero no por medios suaves, sino valiéndose de la fuerza de las armas y la esclavitud. Ellos acabaron de conquistar la Arabia arrojando de ella á los persas y griegos, apoderándose de Damasco, Antioquia y del resto de la Siria; destruyeron enteramente la monarquia de los persas, apoderándose de la Media, el Korazan y Mesopotamia; pasaron luego al África en donde hicieron progresos no menos sorprendentes, avasallando toda su costa occidental, como lo habían hecho con los demás reinos. Empero ninguna de estas conquistas alcanzadas por los musulmanes, ninguna fué tan sensible ni causó más penosa impresion á los cristianos como la invasion de la Palestina y la rendicion de Jerusalem, realizada por Omar. Este en el año 14 de la Hegira (636 de J. C.), con un ejército de infieles formidable conquistó Damasco y se apoderó de la Fenicia. El emperador Heraclio, una vez derrotados sus ejércitos, abandonó la Siria, y



Entrada del Jefe Musulman en Jerusalem.

retiró á Constantinopla, dando órden de trasladar de Jerusalem el sagrado madero de la cruz del Salvador, convencido de que Omar se dirigiria á dicha ciudad como en efecto lo verificó al cabo de dos años.

Omar puso sitio á la ciudad santa, y aunque la resistencia fué tenaz y el sitio duró dos años, al fin la ciudad se vió obligada á capitular el año 16 de la Hegira (637 de J. C.). Omar quiso tomar personalmente la posesion de la ciudad santa. Entró en ella montado en un camello rojo, ceñido con un cilicio grasiento tejido de pelo de camello, llevando delante de la montura un saco de trigo y dátiles que distribuia durante su marcha triunfal, que paró ante las ruinas del templo de Salomon. Al dia siguiente fué á Belen, en donde hizo su plegaria á Mahoma delante la gruta ó establo de la natiidad del Señor.

Luego concedió á Jerusalem un salvo conducto concebido en estos términos: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, de parte de Omar, hijo de Hictab, concedo seguridad al pueblo de Elías tanto para sus ciudadanos, como para sus hijos, esposas y bienes, como tambien para sus templos, los cuales no serán destruidos ni cerrados.» Mas tarde hizo construir una suntuosa mezquita sobre el mismo lugar que habia ocupado el templo de Jerusalem.

La toma de Jerusalem arrastró la rendicion de Alepo, Cesarea, Tiro, Edesa, Dar, etc., así como de las ciudades marítimas Beryto, Sidon, Tolemaida, Ascalon, Gaza; todo el país, en fin, se rindió á la pujanza de Omar, de manera que Heraclio al embarcarse para Constantinopla, exclamó: «Adios, Siria! adios para siempre!»

Después de grandes victorias, triunfos y conquistas del califa, un esclavo persa le dió de puñaladas mientras hacia la oracion pública. El atentado tuvo lugar el año 24 de la Hegira (645 de J. C.). Omar en su lecho de muerte eligió un consejo de seis musulmanes para que procediese al nombramiento de su sucesor, y fué designado al califato, siempre en perjuicio de Alí, otro primo de Mahoma, llamado Hothman, que era hijo de Affran.

El califa Hothman continuó las conquistas de sus antecesores, y por medio de la violencia y las armas la propagacion de la doctrina del falso profeta. Sin embargo no fué tan afortunado en sus empresas como su antecesor Omar, y como éste, al cabo de trece años de reinado, murió á manos de un asesino el 36 de la Hegira (657 de J. C.).

Por fin Alí fué proclamado califa, no sin haber estallado luego una reaccion por parte de los koreisistas, rebelándose contra su autoridad, principalmente por los generales Tellah y Zobeir. Alí marchó contra ellos, perdiendo en el combate la vida los dos generales rebeldes. Queriendo entonces Alí humillar el orgullo de los ambiciosos ommyades, quitó el gobierno de la Siria al jefe de esta poderosa familia. Mawiah rehusó obede-

cer, sostenido por Amroes, rey de Persia; Alí fué á su encuentro, librándose una terrible batalla cerca de Seffein, que quedó indecisa, y tras ella comenzaron de nuevo las hostilidades, en medio de las cuales un fanático de la secta de los kharegitas asesinó al califa Alí.

Desde la conquista de Jerusalen por Omar, y la consiguiente ocupación de los Santos Lugares por los enemigos encarnizados del cristianismo, cesó las peregrinaciones que antes hacían indistintamente los griegos y latinos, siguiendo la costumbre de los antiguos cristianos, los cuales con el mayor entusiasmo y fervorosa piedad visitaban el Santo Sepulcro del Salvador, para obtener el perdón de sus pecados y satisfacer sus afectos de amor y gratitud al Redentor del mundo. Sin embargo, al llegar á Europa la noticia de que el califa Omar había dejado libre el ejercicio de la religión cristiana, emprendieron de nuevo los cristianos las interrumpidas peregrinaciones á la Palestina; pero al penetrar en ella, hallaron no sólo dificultades, si que también peligros y hasta la muerte, gracias al fanatismo de los musulmanes; mas la codicia allanó el camino, y considerando los dominadores que la peregrinación de los cristianos á Jerusalen podía producir grandes ventajas pecuniarias, concedieron el permiso de visitar aquellos lugares, imponiendo un tributo á todos los extranjeros que la devoción llevara al Santo Sepulcro. La piedad y el fervor cristiano no se enfriaron á pesar de esta vejación, y el celo de los hijos de la Iglesia, por espacio de más de 300 años no disminuyó, sino que fué constante la afluencia de las naciones católicas de Oriente, como también de las más remotas del Occidente.

Entre tanto en Francia y España se combatía con un heroísmo digno de los más grandes elogios contra el islamismo. El eco de las brillantes batallas y victorias de Carlomagno pasó con velocidad de la Europa á los confines del Asia; al llegar á noticia de Harun-el-Raschid, califa de Oriente, las hazañas y conquistas del emperador Carlomagno, alcanzadas contra los secuaces de Mahoma, dicho califa en prueba de la admiración que le causaba la brillantez de aquellas victorias, concedió á los franceses el establecimiento de una casa particular dentro de Jerusalen, para hospedar los peregrinos procedentes de su nación.

El escritor Eginard dice, que el patriarca Juan de Jerusalen por encargo del mismo califa, en 806 envió á Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro, las del Calvario y un estandarte, que el abate Fleury en su Historia de la Iglesia considera ser el signo del poder y autoridad que el califa Raschid reconocía en el emperador de los francos. Otro escritor moderno, muy versado en antigüedades, Mabillon, en el libro 37 de los Anales de su orden, dice que un monje francés llamado Bernard, que vivía en 870, en la relación de un viaje que hizo á la santa ciudad, asegura que halló establecido un hospital para los latinos, en cuya casa se conservaba

una biblioteca que se formó por la liberalidad de Carlomagno, hallándose en las *Capitulares* del mismo emperador un artículo que trata de las Limosnas destinadas á reparación de los edificios piadosos de los Santos Lugares (1). También consta que en el año 881 Helio patriarca de Jerusalen escribió una carta á Carlos el joven, en la cual pinta el venerable prelado la triste y lastimosa situación de la Iglesia de Jerusalen, y entre otras cosas dice: «Los pobres y los religiosos están expuestos á morir de hambre; falta el aceite para las lámparas del santuario; los cristianos que se hallan en esta santa ciudad imploran la compasión de sus hermanos de Europa.» Esta carta la llevaron dos monjes encargados de esta comisión por el patriarca, y no hemos hallado monumento alguno que nos manifestara cómo respondió la Europa cristiana á aquella tierna invitación. Sin embargo creemos que, atendida la fe de aquella época, dichos monjes no se volverían con las manos vacías (2).

En el siglo x los reyes de la segunda raza de Francia, es decir los Carlovíngios, para manifestar su devoción á los Santos Lugares enviaron más de una vez preciosos y ricos presentes al Santo Sepulcro por la fiesta de la Natividad del Señor (3).

Pero á pesar de esto, desde la muerte de Carlomagno y pasado con este su prestigio y alta reputación que tanto había admirado el mundo, los franceses perdieron la consideración que antes habían disfrutado en Palestina, y en su consecuencia los infieles quitaron su hospicio y les obligaron, como á los súbditos de otras naciones, á salir fuera de Jerusalen, permitiendo tan sólo durante el día visitar las estaciones y los lugares honrados con la presencia del Salvador y en los que se habían obrado los grandes misterios de la redención. Este permiso, sin embargo, no se lograba sino á peso de oro, y con no pocos peligros, trabajos y dificultades, viéndose obligados los pobres cristianos durante la noche buscar fuera de la ciudad un refugio que no siempre era seguro, y por consiguiente expuesto á la brutalidad y barbarie de los musulmanes, que profesaban gran aversión á los cristianos, los rechazaban y no querían admitirlos en sus casas, aunque fuera solamente por la noche, y pagando bien la hospitalidad que pedían. Otra desgracia no menos aflictiva vino á empeorar la situación de los cristianos que iban á Jerusalen; las disputas sobrevenidas con pretexto de dogmas mal interpretados y sobre diferentes puntos de disciplina, habían originado si no un rompimiento, á lo menos cierta relajación en los vínculos que unían las Iglesias griega y latina;

(1) Lib. 4 Capitularium.

(2) Michaud y Poujoulat: Hist. de las Cruzadas, cap. 1.

(3) Dupeyrat, lib. 2, cap. 34.